

El paludismo en Algemesi

Hasta hace muy pocos años, el paludismo en esta localidad se le conocía en el concepto de una enfermedad relativamente benigna. Conocíamos todos los médicos de esta región como verdaderos desastres las defunciones por malaria, porque aquellas formas de paludismo que todos hemos visto repetidas veces, cedían invariablemente a la ingestión de la menor cantidad de quinina, fuera cual fuese el método que se siguiese. Yo, como todos los prácticos de esta localidad, seguíamos creyendo, por aquel entonces (allá por el año 1904), en el antiguo refrán castellano: «Las tercianas no doblan campanas». Hoy, después de una veintena de años que venimos ejerciendo en esta población, ya no opinamos de la misma manera. Por el contrario, creo más bien en el dicho que corre de boca en boca, y que se transmite de padres a hijos en toda esta zona de la Ribera del Júcar, que dice: «Si vols viure poc y fer-te rich, vesten a Alberich; y si ne vols més, vesten a Masalavés». Y, efectivamente, en unos veinte años, desde 1904 a 1924 próximamente, durante toda nuestra vida profesional médica he comprobado dos períodos en lo referente a la marcha de esta interesante enfermedad: un primer período desde 1904 hasta 1916-1917, en el que las formas de paludismo que aquí se registraban eran formas benignísimas, tipo casi siempre el de tercianas, alguna vez cotidianas, que cedían con seguridad absoluta a la quinina. Los mismos enfermos se trataban con éxito, sin recurrir al médico. Otro período, que se extiende próximamente desde 1916-17 hasta el momento actual, en el que todavía sigue, en el cual el paludismo ha adquirido otro carácter: abundan más el número de ataques; abundan las formas graves; formas muy resistentes y muy rebeldes a la quinina, sea cual fuere la cantidad y la vía que se siga, así como a todo tratamiento; formas hiperfémicas de temperaturas de 41 y 42 grados; formas sincopales, que mueren por necesidad en unas cuantas horas; formas perniciosas, con una enorme variedad clínica, que asombra. El enfermo que uno menos piensa si se le estudia detenidamente, o si se le hace algún análisis de sangre, resulta, en realidad, ser palúdico. En mi concepto, el paludismo es el más mortífero de todas las enfermedades de los palúdicos se puede enseñar muy bien toda la patología, y, sobre todo, patología nerviosa. No hay casos prácticos, por no embrojar este trabajo.

Estadística de mortalidad por paludismo en un período de veinte años

AÑO	Ene.	Feb.	Mar.	Abr.	Ma.	Ju.	Jul.	Agos.	Sep.	Oct.	Nbre.	Dbre.
1904												
1905												
1906												
1907												
1908												
1909												
1910												
1911												
1912												
1913												
1914												
1915												
1916												
1917												
1918												
1919												
1920												
1921												
1922												
1923												
1924												

Estadística comparativa de nacidos y muertos en un período de cincuenta y siete años, en varios pueblos de la provincia, con una población igual a dos mil novecientos veintidós vecinos:

En los pueblos que no cultivaron arroz, nacieron...	42.022
En los pueblos que cultivaron...	36.248
Diferencia...	5.574

Estadística comparativa de nacidos y muertos en un período de cincuenta y siete años, en varios pueblos de la provincia, con una población igual a dos mil novecientos veintidós vecinos:

En los pueblos que cultivaron arroz, murieron...	30.525
En los que no lo cultivaron, murieron...	29.000
Diferencia...	9.935

Adela es una buena muchacha, bonita, amable, hacendosa, caritativa y de una excelente instrucción. Apenas tenía doce años, cuando murió su padre, un viejo empleado en el juzgado municipal de la Merced, hombre honrado y servicial. Su madre tampoco la duró mucho, pues enfermó de tanto llorar a su marido, y antes del año le hizo ya compañía en el segundo patio del Cementerio de San Miguel. Adela pasó a poder de una tía suya, vieja solterona, bastante egoísta, de una avaricia extrema y que charlando mal de los hombres se vengaba de que éstos no la hubiesen hecho una declaración amorosa. ¡Fue siempre tan fea!

CUENTOS ESPAÑOLES ¿SERA CULPABLE?

Adela es una buena muchacha, bonita, amable, hacendosa, caritativa y de una excelente instrucción. Apenas tenía doce años, cuando murió su padre, un viejo empleado en el juzgado municipal de la Merced, hombre honrado y servicial. Su madre tampoco la duró mucho, pues enfermó de tanto llorar a su marido, y antes del año le hizo ya compañía en el segundo patio del Cementerio de San Miguel. Adela pasó a poder de una tía suya, vieja solterona, bastante egoísta, de una avaricia extrema y que charlando mal de los hombres se vengaba de que éstos no la hubiesen hecho una declaración amorosa. ¡Fue siempre tan fea!

puerta abierta, cruzó el estrecho corredor y penetró en la alcoba, donde suponía que estaba su esposa. Esta se vio sorprendida por la llegada de Gonzalo. Se le saltó el color y con esevaso disimulo escondió bajo el delantal una carta que estaba leyendo. Quiso hablar y tartamudeó algunas frases, que eran una tontería. Después buscó un pretexto, y salió del cuarto. Gonzalo, que era de los hombres serenos en las circunstancias difíciles, observó y calló. Una noche de ira pasó por sus ojos como un relámpago. Se apoyó sobre una mesa y nada dijo. Apenas salió Adela, se inclinó y recogió un sobre que al levantarse ésta había caído de la silla. Había dirigido a su esposa, y no había duda, era letra de hombre. Gonzalo se encerró en su despacho. Comenzó a recordar detalles y a examinar indicios. A su juicio, se trataba de una horrible infidelidad conyugal. ¿Por qué había escondido aquella carta? Señal evidente de que había culpa y de que en ella se revelaba la falta. Pensó que hacía días Adela estaba preocupada, al menos así lo parecía, conía poco, estaba inquieta y menos cariñosa que otras veces. Proyectó cogerla, meterla en un coche y llevarla a casa de su tía, diciéndole, sin más preámbulos: —Señora tía, guarde usted a la esposa adúltera. Después se le ocurrió ir a ver al previsor, y al juez, y al escribano, y entablar una demanda de divorcio. Pero al cabo pensó: —¿Y las pruebas? ¿Dónde están las pruebas de que es culpable? Había necesidad, por las buenas o por las malas, de apoderarse de la carta. Esta, seguramente, lo revelaría todo, incluso el nombre del amante, que debería ser alguno de sus amigos, acaso el más íntimo. Recordó que Peláez, su compañero de oficina, venía con frecuencia a la casa y los acompañaba al Parque. ¿Sería éste el traidor?

Decía así la carta: «Señorita Adela: Le acuso recibo de las cuatro pesetas que me manda para la comida de este mes de su gatita blanca. No tenga cuidado por ella, que está muy gordita y muy rebotona. Mis chuchos la tienen en brazos a todas horas. Su servidor y sereno de la calle, Pedro López.» Gonzalo volvió a esconder la carta. La plancha era descomunal. Intuía es decir que no llegó a preguntar a su esposa por la carta, ni se dio por entendido de que la gatita estaba de huéspedes en la casa del sereno de la calle. NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

PATRAÑAS EL ANILLO DEL DIVORCIANO El mundo inventa todo lo que necesita. Por eso, en vista de que los divorciados y las divorciadas quedaban en una situación dudosa, por la que puede creerse que es que se han olvidado del anillo matrimonial cuando no lo llevan a la vista y aun reciben preguntas invariables de quienes no saben que se divorciaron: «¿Y su esposa? ¿Y su esposo?», se ha inventado el anillo para los divorciados, anillo aculebrinado que los separados por la ley se ponen en el dedo de corazón, preparándolo su segunda libertad. El joyero que ha lanzado la idea del anillo para divorciados, ha improvisado una fortuna en poco tiempo, porque, entre otras, tiene el patente número 189.645.058.111.800. EL MARTIR DE LA PIPA El gran pipero, dueño de innumerables pipas, desde la hecha con un huevo de avestruz hasta la que aprovecha la cazoleta, trabaja en una panocha de maíz. El mártir de la pipa no es solo marlín por todas las cachimbias que ha tenido que estrenar sorbiendo el fuego de las primeras veces, sino porque enseña el dedo índice de la mano derecha y el dedo gordo de la izquierda completamente quemados por el fuego, convertidos en esos muñoncitos graciosos que son los dedos amputados, dedos infantiles y muetos. De tanto atocar el tabaco con esos dedos han quedado recocidos, cercenados, faltos. LA BAUTIZADORA DE AEROPLANOS Y FUNDACIONES Era una belleza azul. La pasaban recado a las habitaciones perdidas y aparecía en la sala con olor a las algas marinas que hay en el fondo de los muebles y los magníficos bibelots. Unas veces eran tres hombres sabios, altos, vestidos medio de paisano, los que la rogaban: —Quisiéramos que fuese usted a bautizar un aeroplano. Otras veces eran tres caballeros de luto, con bigotes antiguos, los que la decían: —Venimos a rogar a usted que bautice con una botella de Champagne la nueva fundación de la Cruz Roja. En otra ocasión eran tres jóvenes con anchas y abultadas rodillas que la decían: —Quisiéramos que bautizase usted con el clásico Moel nuestro nuevo campo... La madrina de aeroplanos, edificios, campos, locomotoras, tenía apuntados sus bautizos de la semana en el carnet de oro, y para cada menester tenía su traje señalado, trajes de madrina, trajes para estar de pie y salir bien erguida en las fotografías, trajes con capitas de bridas atravesadas sobre el seno, trajes voladores con que demostrarse aparición del sitio, virgen azul y providencial. Frágil a la vez que aguilísima, la madrina de las cosas inabarcables es la contrafigura de aquella otra dama madrina de criaturas que las abarcaba un momento en su regacillo. RAMON GOMEZ DE LA SERNA Madrid, 1925.

Esta obra es propiedad de la EDITORIAL CASTRO.—Mazarredo, 4, MADRID, donde se halla en venta.

244 LUIS DE VAL.—LOS ANGELES DEL ARROYO

recetado no surten el efecto que me propongo... No sé... pero creo que debiera tomar sus disposiciones testamentarias. —¿De manera que usted cree que se muere? Dígalo usted claro, hombre... Yo no me voy a echar a llorar... ni me va a dar ningún zopicoando... Con que larguete usted ya, señor doctor. ¿Se muere, o no se muere? —Creo que sí, desgraciadamente; pero como mientras hay vida hay esperanza... En fin, buenas noches.

Cuando Nemesio volvió a la alcoba, Clara se apresuró a preguntarle: —¿Qué te ha dicho el doctor? —Pues... nada... que no tiene nada; pero que por sí o por no, que se le haga hacer testamento. —¿Testamento? —Pero que hasta que él venga mañana, que no se haga nada. —¿En qué quedamos, Nemesio? ¿Se le dice que tome sus disposiciones, o no se le dice? —Yo no sé... Haz lo que te parezca. Pero yo se lo juraría. —No, no... Yo no lo digo eso. Sería hacerle entrar en sospechas de que está grave, y debido a ello, tal vez se agravase más. —Naturalmente—dijo Marieta—. Además, que tú ya sabes que tiene hecho testamento a tu favor... ¿Para qué quieres que tome más disposiciones? —Es que ahora está en distinto caso. —¿Por qué? —Porque antes no sabía que tenía un hijo y una nieta, y ahora lo sabe. —¿Oh! ¡Clara, por Dios! ¿Qué derecho tenemos su hijo ni yo a disfrutar de lo que ya él ha resuelto que sea tuyo? No, no, Clara, no le digas nada; no le molestes. Sería empeorarle quizás. —Bueno... Veremos cómo está mañana; y si el médico dice que puede y debe tomar sus disposiciones, las dictará, yo te lo aseguro. —Pero Clara... —Calla, calla, Marieta... No me digas nada, porque no te oír. Entraba en aquel momento Nicolás, que corrió presuroso a ponerse a disposición de Clara.

BIBLIOTECA DE «LAS PROVINCIAS» 241

—Sí, una hija del gran duque Alejandro. —¿Cómo! ¿Alejandra Paulatoski? —La misma. —¿Es cierto eso? —Ya te lo diré él. Justamente, hoy, hablando de eso, me dijo: «¿Cómo va a sorprenderse Clara cuando se lo diga!... Pero dejemos esto. Quiero ver al abuelo... Vamos a su dormitorio.

En el dormitorio del duque una de las cuatro piezas de que se componía el departamento que ocupaban los duques de la Sorra en el Hotel Imperial. El mobiliario de aquellas estancias era lujoso y digno del renombre de que gozaba el Hotel entre los viajeros ricos que visitaban San Petersburgo. El gabinete dormitorio estaba muy bien decorado y con portieres y alfombras, que hubieran podido competir con los del mejor palacio. En la alcoba, que era tan grande como el gabinete vecino, veíase un gran lecho con elegantes cortinajes de damasco verde. Era el lecho de Clara. Una mesita de noche, un velador centro, varias sillas tapizadas de la misma tela que las colgaduras del lecho, y un diván, completaban el mobiliario, al que había que añadir un biombo estilo japonés, colocado delante de la puerta de entrada. —He hecho que Ramón ocupe mi cama, porque su cuarto está situado detrás del comedor, y no tiene salida al comedor. Yo dormiré en el suyo. —¿Dormiréis separados?... —Hace diez y seis años. Yo no me he acomodado nunca a dormir acompañada. Marieta se aproximó al lecho y entreabrió algo las cortinas. —Abuelito... ¿qué es eso? Lo ha pillado bueno, ¿eh? Por darme de valiente y salir a cuerpo gentil con este frío horrible. —Hija... cuando viene la última, viene... de mano armada. —contestó el duque, interrumpiéndose a cada palabra para toser o tomar aliento. —¿Qué última, ni qué primera, abuelo! Un buen constipado, que cederá con unos sudoríficos y unos diftas de cama. El duque hizo un movimiento negativo con la cabeza, y repuso sonriendo: —Marieta... creo que me han extendido el pasaporte para el otro barrio. —Vaya, no piense usted en eso.

